

**Danzando entre  
la Nada y la Furia**  
*Relatos*

---

**Marina Klein**



Ricardo Breche

Ediciones Frenéticos Danzantes

# Danzando entre la Nada y la Furia

## *Relatos*

Hay un vértigo en los extremos  
que los hacen deliciosos.

La furia es ese momento de lucidez  
en el que las cadenas tiemblan,  
se quiebran en pedazos y  
ya no consiguen apresar los cuerpos  
ni lo que ellos contienen.

La nada de los días se transforma  
alquímicamente a través de esa danza  
desenfrenada y visceral porque convierte  
la mera existencia, que arrastra a  
los sujetos desde el nacimiento  
hasta la muerte, en algo vital, incendiado.

Estas seis historias son eso,  
testigos de ese momento.



Ediciones Frenéticos Danzantes

# **Danzando entre la Nada y la Furia**

*Relatos*

---

**Marina Klein**

Marina Klein  
Danzando entre la Nada y la Furia

Ediciones Frenéticos Danzantes  
Facebook: Ediciones Frenéticos Danzantes  
[www.edicionesfreneticosdanzantes.blogspot.com.ar](http://www.edicionesfreneticosdanzantes.blogspot.com.ar)  
[edicionesfreneticosdanzantes@hotmail.com](mailto:edicionesfreneticosdanzantes@hotmail.com)

Foto y Arte de tapa Ricardo Brecher  
Facebook: Ricardo Brecher  
[www.ricardobrecher.com](http://www.ricardobrecher.com)

ISBN 978-987-45850-2-8

Primera edición julio de 2015  
Publicada por Ediciones Frenéticos Danzantes  
Av. Scalabrini Ortiz 41 3° C (1414) CABA  
Queda hecho el depósito que marca la ley 11723  
Impreso en Tecnooffaset  
Impreso en Argentina.

# **Danzando entre la Nada y la Furia**

*Relatos*

---

**Marina Klein**



## **El viejo de allá, el que estaba en el escalón.**

Esto me pasó hace ya varios años, cuando yo era todavía bastante pibe y empezaba a tener los ojos y los oídos atentos y a prestarle atención a los pequeños detalles del mundo que me circundaba.

Cursaba las últimas materias de la facultad, escribía a veces para algunas revistas y andaba por ahí como cazador de historias.

En ese entonces me encontraba muy seguido, cerca de donde vivía que por aquel entonces era en San Cristóbal, a un viejito sentado en el escalón de un negocio cerrado. Él iba ahí todas las mañanas en

aquella época porque un rayo de sol se colaba entre los edificios y durante un rato ese pedacito de mundo era un lugar cálido y apacible.

Salía de su casa, compraba el pan en la panadería –la misma panadería de siempre en los últimos veinte años, desde que había abierto- y se dirigía hasta su escaloncito. Se sentaba ahí a sentir en la cara los rayos del astro grande y a comer pan de a bocados; manso, tranquilo.

Algunos vecinos cuando pasaban lo saludaban, otros no, pero a él le daba lo mismo. Le gustaba pasar el rato mirando a la gente que caminaba de un lado al otro. A veces venían también las palomas a comer las migas que se le caían y otras veces se arrimaba algún gato a refregarse entre sus piernas.

A mí me gustaba pasar por ahí y verlo, lo saludaba, le preguntaba cómo estaba y después me despedía.

A veces me sentaba unos minutos a la pasada y me contaba cosas con ese acento

tan particular que me llevaba un poco a otros lugares y a otras épocas, a otros barrios, a otros países.

Una mañana como tantas pasé por ahí y el viejito ya no estaba.

Pregunté en el barrio después de varios días de no verlo y resulta que el viejito había muerto.

Al principio pensé que qué lástima, que me gustaba hablar con él de vez en cuando; pero al cabo de un tiempo me di cuenta que me pasaba algo más. Me daba la sensación, cada vez que pasaba por su escalón vacío, que un cacho de historia había quedado atrapada en ese lugar, cristalizada, latente.

Como que de algún modo me incomodaba que la vida se cuele de manera tan obscena y sea tragada de forma tan definitiva por la muerte. En un sentido es como que es válido admitir que la gente muera, pero no así las historias. Las historias no deberían morir. Las historias no son de la persona, son

universales, son patrimonio de todos, no pueden terminar olvidadas en un cajón y bajo tierra. La gente es parte de la naturaleza del universo y como tal, está sujetas a sus normas, a sus leyes: todo nace y todo muere. Las historias no, las historias son construcciones sociales, nos pertenecen y nos las apropiamos, les otorgamos innumerables sentidos, las enarbolamos como banderas, son las que nos enmarcan, las que nos dan un parámetro de quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde nos gustaría ir.

No me sentí para nada un héroe de causas perdidas, era lo lógico a hacer. Agarré mi libretita de hojas lisas y tapas duras y anduve dando vueltas por el barrio entrevistando gente que lo hubiera conocido para ver qué podía averiguar de su vida.

Nadie sabía mucho de él, más que nada que estaba jubilado hacía ya bastante tiempo y que evidentemente venía de

algún país de Europa. Los vecinos sólo decían que era un tipo simpático, que tenía una hija que iba a verlo bastante seguido, que era siempre atento... pero nada más, nadie lo había conocido demasiado.

La casa donde vivía era para mí sólo una puerta de madera en una pared gris.

Un tiempo después logré ponerme en contacto con la hija de la que me habían hablado para que me contara un poco más. Cuando le comenté del proyecto de escribir un artículo sobre su padre al principio le pareció raro pero después que le expliqué las razones se sonrió –o eso creo porque fue por teléfono- y combinamos un día para que me muestre la casa y pueda conocer por dentro los secretos que guardaba la puerta de madera en la pared gris.

Ella, que se llamaba Ema, me acompañó por las habitaciones desiertas y me iba contando cosas como si fuera un tour que a mí me pareció a otro planeta o a

otra dimensión donde el tiempo tenía una densidad diferente.

Adentro había tres cuartos, uno era la habitación de él, otro era una especie de depósito de cualquier cosa...

En el tercero nos detuvimos un rato más. Se veía una cama con un acolchado rosa, un velador en una mesita de luz, una repisa blanca llena de libros para jóvenes y un escritorio con una silla.

Todo pertenecía a otra época, tenía otra estética y olía diferente.

Cuando llegamos a ese último cuarto Ema tembló un poco y los ojos se le humedecieron.

-Éste era mi cuarto. Siempre fue mi cuarto hasta que crecí y me fui a hacer la especialización afuera. Cuando volví ya había conocido a mi marido y nunca más vine a vivir acá. Él me dejó todo como estaba por si alguna vez necesitaba un lugar para pensar o para huir. Siempre me decía eso... O por si alguna vez tenía hijos y querían venir a dormir.

-Algunas veces vine a pensar, nunca hui ni tuve hijos.- La voz parecía a punto de quebrarse en cualquier momento pero se mantenía pausada y constante.

No quería romper su trance de recuerdos y de emotividad así que me quedé callado, apoyado en el marco de la puerta y con la mirada en la cama con acolchado rosado.

Me contó como a la pasada que se había ido a hacer unos años de especialización en malaria pero no me dijo dónde ni agregó nada sobre el asunto.

Así nos quedamos un rato, suspendidos en ese aire casi solido de una casa deshabitada y con las persianas a medio subir. Yo sabía que cada objeto, que cada rincón, que cada utensilio guardaba significados e historias y moría por conocerlos.

Ema me preguntó si quería un té así conversábamos un poco y le dije que sí. Puso a hervir agua en la pava y nos acomodamos en la cocina.

Evidentemente todo seguía en el lugar que había estado siempre, parecía que desde que el viejo Carlos murió nadie había tocado nada y todo permanecía como si él fuera a volver en cualquier momento. Pero sabíamos que no, que Carlos no iba a volver. Sólo que para mí era un hecho más, algo que se trazaba hacia adelante como una crónica a concluir, mientras que para Ema era un dolor agudo en cada parte de su ser.

Ella era una mujer grande, no me atrevo a garabatear su edad por temor a errarle, pero ya tenía varias arrugas y el pelo algo encanecido.

Nos sentamos con las tazas en las manos sobre una mesa de madera con mantel de cuadros azules.

-Vinimos de Viena en el 38. En realidad no fue que vinimos sino que él venía en el mismo barco que venía yo con mi mamá... todavía no era mi papá. –Me quedé callado aunque no entendí bien lo

que quería decir, pero quería darle el tiempo a que me lo contara por sí misma.

-Yo tenía tres años y él tenía treinta. Escapábamos de la guerra, aunque todavía no había guerra, olía a guerra. Él era alemán, comunista, militante desde muy chico, antinazi a morir. Había participado con su madre del Levantamiento Espartaquista cuando era un niño en Alemania, había ido a oír hablar a Rosa y a Karl. Siempre me contaba eso, como vivió esos días de revolución. Y cómo después todo se vino abajo...

-¿Y cómo fue a parar a Viena?- suelto mi pregunta curiosa.

-Su padre había muerto en la primera guerra, la Gran Guerra le decían en aquel tiempo. Después que el levantamiento quedó fallido su madre volvió al trabajo que tenía en una fábrica pero al poco tiempo descubrió que tenía tuberculosis y el invierno frío y húmedo la destrozó. Murió unos meses más tarde y él quedó a cargo de una tía que lo detestaba hasta que

pudo juntar algo de plata y mudarse a una habitación que compartía con unos amigos.

-Apenas tuvo edad suficiente empezó su militancia en el KPD y vivió los mejores años de la República de Weimar andando por todos lados con la certeza absoluta de que el mundo estaba en sus manos—continuó. -Pero el mundo no estaba en sus manos. Estaba en manos de otros.

-Cuando en el 33 Hitler ganó las elecciones los integrantes del KPD fueron perseguidos, torturados y asesinados... Todos sus amigos se evaporaron tragados por cárceles, por la muerte o por la huida. Parecía que en Berlín no quedaba nadie de sus viejos camaradas.

-Carlos por aquel entonces tenía una novia, parece que muy bonita, que era austríaca y cuando las cosas empezaron a complicarse mucho, decidieron irse a pasar una temporada a Viena a esperar que todo se calme y a seguir su militancia

allá. Pero las cosas no se calmaron nada, las cosas empeoraron bastante.

-Después la novia lo dejó- Ema se ríe un poco y sigue-, lo que pasa es que él era muy mujeriego, era militante también del *amor libre* como le decimos ahora... -acentúa las dos palabras y vuelve a reírse...-. La chica nunca entendió qué quería decir eso de *amor libre*. Casi ninguna mujer con la que se relacionó lo entendía muy bien.

-La cuestión fue que cuando en el 38 las tropas nazis entraron en Austria, él decide irse otra vez. Pero esta vez, solo. Viene a América en un barco lleno de gente que escapaba de algo que se veía venir como un monstruo gigante, gris y horrible.

-En el barco venía yo con mi mamá. Mi mamá era judía y se había quedado sin trabajo por la prohibición del nuevo gobierno a que las empresas contraten judíos.

-Yo ya no tenía padre, había muerto hacia algunos años pero no sé de qué. En el barco mi madre empezó a escupir sangre y no logró completar la travesía.

-Él ya se había arrimado a mí varias veces para jugar y pasar el rato, habíamos jugado los tres juntos también y nos habíamos divertido. También habían charlado entre ellos bastante, a veces pienso que tal vez se gustaran pero no lo sé... Cuando una mañana desperté y vi que mi mamá no se movía me asusté mucho y corrí a buscarlo. Él me agarró de la mano y fue conmigo. Después de comprobar que estaba muerta se las arregló para no separarse de mí en todo el resto del viaje. Cuando llegamos a Buenos Aires me anotó con su apellido y él cambió su nombre; a partir de ahí se llamó Carlos.

-Desde ese momento fui su hija. Él me contó lo que le acabo de contar del barco y lo poco que sé de mis padres, yo no me acuerdo nada porque era muy chica, sólo recuerdo vagamente algo del perfume de

mi madre y de cómo me gustaba recostarme en ella. El resto, cómo salimos de Viena y llegamos hasta el puerto, cómo fue el viaje... De eso no me acuerdo nada de nada. Sí tengo muy presente la mano de él apretando siempre fuerte la mía.- Le salen algunas lágrimas pero igual sonrío de manera muy dulce.

-¿Y cuando llegaron acá cómo hicieron, tenían plata... cómo fue?

-Plata no teníamos. Debíamos tener algún poquito pero sé que casi nada. Apenas llegamos él fue a ver a un amigo alemán que había venido antes y le pidió trabajo. El amigo era relojero y tenía un pequeño taller en el centro. Carlos no sabía nada de relojes pero fue aprendiendo con el tiempo. Al principio fue muy duro, no hablábamos castellano y hacerse entender era un esfuerzo gigantesco, comprar pan o aceite era un triunfo.

-El amigo de la relojería nos consiguió un cuartito muy cerca del Abasto y ahí nos quedamos los primeros años. Yo lo

acompañaba al trabajo hasta que pude empezar a ir a la escuela, después todo fue más fácil porque ahí aprendí bien el idioma y con el tiempo él también y pudo abrir su propio negocio.

Ema hace una pausa y toma un poco de té, mira un rato algo que yo no veo en la pared blanca, y continúa.

-Acá no tuvo mucho tiempo de dedicarse a la política porque trabajaba día y noche para mantenernos a los dos, para pagarme los cuadernos, los libros, la ropa... para pagar el alquiler... En fin, desde que llegamos su vida giró en torno a mí, a una niña que conoció en un barco y con la que no tenía ninguna obligación, ninguna responsabilidad. -Ya no lloraba, continuaba con la mirada fija en el vacío y se la veía muy triste.

Después me dio permiso para que husmee un rato por la casa y mire lo que me pareciera.

Curioseé un rato, vagué por los cuartos, miré las fotos en los portarretratos, abrí los armarios pero no quise sacar nada, no quise desacomodar nada ni buscar viejos álbumes. Sólo miré lo que estaba a la vista, me dio pudor la intromisión, meterme en un mundo tan ajeno, tan íntimo y que se me hacía sagrado.

Me di cuenta también que Ema quería dejar todo tal cual para poder volver cuando necesitara aspirar un poco de la presencia de ese padre que la vida le había regalado.

Los libros en los estantes estaban ordenados, había uno en la mesita de luz como si Carlos en cualquier momento fuera a volver para leerlo, era un libro de Zweig pero el título no lo entendí porque estaba en alemán.

La mesita de luz estaba al lado de la cama de una plaza cubierta por una frazada marrón. Además del libro había una foto en un portarretratos, la foto era de Ema y era el único adorno de la

habitación, el resto era de una austeridad completa. Un armario empotrado en la pared y las paredes desnudas, nada más.

En la biblioteca del living casi todos los libros estaban en castellano, sólo tenía unos de poesías de Rilke que estaban en idioma original y parecían muy viejos. Se me ocurrió que tal vez los haya traído en aquel viaje, tal vez hubiera estado enamorado y le recordara a alguna mujer... No sé por qué pensé eso pero recuerdo que fue lo que pensé... El de Zweig no, ese era casi nuevo, quizás haya sido un regalo reciente.

Tenía gruesos tomos de teoría política de varios autores, libros de todo tipo, de todas las temáticas. Tenía a Marx, a Gramsci y también a Bakunin, también estaba Emil Zola, había libros sobre el peronismo, sobre las dictaduras latinoamericanas, sobre cocina de la India... Había libros de Borges, de Raymond Chandler y de Rodolfo Walsh... y por su puesto muchos más que no voy a

enumerar. Y los libros tenían ese olor de los libros viejos que a mí me obnubila, me transporta, me encanta.

Además en el living había unos sillones grandes y pesados de esos que ya no hay, de épocas que ya no existen y una mesa ratona donde también los únicos objetos eran unas fotos de Ema.

En una de las fotos estaban juntos, abrazados como debajo de una parra, me pareció que podía ser en el patio de atrás que se entreveía desde la cocina, pero no lo sé. Se veían felices y tenían un perro peludo blanco y gris que les saltaba a las piernas. Él estaba sentado en una silla y Ema lo abrazaba desde atrás, el perro estaba entre los dos, parado sobre sus patas traseras, con la cabeza en alto y la lengua afuera. La foto era una foto color de ese color raro que tenían las fotos en los setenta.

Me detuve un rato en ese living pensando cómo habrá sido para él vivir nuestras dictaduras ya sin poder escapar.

Quedarse en este país para que su hija pudiera crecer en un lugar, educarse, tener raíces, tener un futuro... Y él que se había rehusado a la opresión en Europa se la tuvo que fumar acá sin poder patelear para cuidar de otra vida que lo necesitaba de forma visceral y completa.

Me acordé de él de nuevo en su escalón, comiendo pan y compartiendo ese pan con las palomas y con los gatos. Me acordé de las pequeñas charlas que manteníamos cuando yo me sentaba un rato a su lado. Ahora todo tenía más sentido. Siempre hablaba de cosas profundas y de la vida, siempre citaba algún autor. Sus recuerdos de paisajes eran sombríos, eran de guerras y de luchas, eran de tristezas y de batallas, de ganas de sacudir al mundo fuerte y con las dos manos.

Sus recuerdos de pronto fueron como mis recuerdos.

Nos despedimos con Ema en la puerta de la casa de Carlos. Le di las gracias por haber compartido conmigo su historia y le prometí mandarle por correo una copia del artículo que pensaba publicar.

Ella se fue caminando lento y me la imaginé con las lágrimas corriendo a chorros por las mejillas.

Yo no sabía todavía cómo era eso de extrañar a alguien para siempre, cómo era esa sensación sin forma y horrible que deja la muerte.

El artículo se publicó un mes después en una revista que ya no existe más. Más tarde también lo incluí en una recopilación que hice de crónicas y relatos que todavía se puede encontrar en algunas librerías o en los puestos de libros de las plazas.

Todavía, cada tanto, cuando vuelvo a San Cristóbal por algún motivo, me acuerdo del viejo Carlos y del olor a su casa vacía. También me acuerdo de Ema, de su andar lento después que nos

despedimos y de su letra redonda que se me hizo muy dulce en la carta que me mandó cuando recibió la copia de la revista.

## La nada y la furia

Era martes. Un martes a la mañana. Una mañana común de cualquier martes.

Yo le había dicho infinidad de veces que parara. No me escuchó ese día ni los anteriores. En general no me escuchaba nunca.

Cuando éramos novios ya me había dado cuenta que no tenía ningún interés en lo que le decía, pero no me había parecido grave porque en realidad yo tampoco tenía mucho interés en lo que decía, me interesaba más lo que decía él.

Me deslumbraba en general cualquier gesto que hiciera o anécdota que contara, más aún si se dirigía a mí, lo cual no ocurría con mucha frecuencia pero cuando sorprendentemente sucedía, era como que el cielo se llenara de música, las estrellas

bailaran y el mundo tuviera sentido. Como dije, eso no sucedía muy a menudo, por lo cual el mundo en general, no tenía para mí mucho sentido. Tenía el sentido de los que esperan inútilmente la nada y hacen de los sueños su lugar más confortable. De los que alternan su existencia entre el desierto y la estepa.

Mi existencia era entonces eso. Un lugar sin nombre entre el gris y el gris.

A veces era desierto porque entre marañas de seca arena, me cosía a golpes. Otras veces era estepa, porque a pesar de mi transformación en punching-ball, de repente surgía algo así como un pastito diminuto y verde, él me miraba de nuevo y yo cobraba forma humana otra vez. Después de un rato volvía el desierto y yo a ser un punching-ball.

No es que realmente creyera que la cosa estaba bien, es simplemente que no sabía cómo cambiar la situación. Había algo en mi mente arraigado como una garrapata gigante que me chupaba la sangre y la

voluntad, una inercia sedada e involuntaria. Un gusano viscoso que se arrastraba desde mi ser hacia el resto del mundo, que justificaba y ordenaba dentro de mi cerebro el significado de las cosas. El vínculo entre mi pequeña persona y el exterior estaba hecho de ruidos y cables rotos que yo no conseguía conectar; el exterior por su parte, me había descartado hacía ya tiempo.

Yo era una persona cuya única conexión con el resto de la humanidad era un sádico hijo de puta.

Si pudiera contar la cantidad de veces que me pregunté por qué las mujeres necesitamos tanto sentirnos bellas y amadas... Pero no puedo porque son incontables. Las mujeres necesitamos eso más que el aire y que el agua. Una mirada de deseo. Por una mirada de deseo una vez cada tanto te entrego mis años de verdes pastos para que me los conviertas en desiertos. Peor aún, ni siquiera una mirada de deseo, una mirada cualquiera,

una mirada de mierda la mayoría de las veces, una mirada lasciva y pajera que prescinde de mí totalmente para existir, que puede estar destinada a lo que sea que se mueva o se quede quieto.

Él era un *él* de los que existen miles. No escribo su nombre porque no hace falta. Era (o es) un hombre más de esos que la naturaleza vomita y de los que abundan, que no tienen nada de especial ni de valioso, y por eso mismo cuando miro lo sucedido en perspectiva me resulta increíble haber estado bajo ese yugo durante tanto tiempo.

Primero fue mi novio. Un día nos fuimos a vivir juntos. Antes de la convivencia varias veces me había cruzado la cara de una cachetada pero siempre yo esperaba que se calme para seguir con la vida como si nada. Nunca se disculpó como muestran en las películas, ni una vez. No le era necesario, sabía que no me iba a ir, no tenía a dónde.

Después de un tiempo perdió el trabajo que tenía en una empresa de mudanzas y con el mío de limpieza en el hospital, no podíamos pagar la pieza en la que vivíamos. No lo pensó dos veces, la solución se encontraba, obviamente y sin más vueltas, en mi entrepierna.

Cuando llegó esa noche con un vestido y ropa interior para mí creí que algún milagro había sucedido y que mis oraciones de mujer carente de amor en algún lugar se habían escuchado. Pero no. No se habían escuchado en ninguna parte. La carencia de amor parece que no tiene oficina específica en el lugar donde van las plegarias, o por lo menos empezaba a enterarme que no funciona así el nexo entre lo espiritual y la vida de los mortales.

Me lo explicó lo mejor que pudo tratando de ser convincente y de no ponerse violento. No nos quedaba alternativa, yo tendría que ponerle el cuerpo porque lo necesitábamos ¿de qué otra forma podríamos cubrir los gastos?

Me quedé sentada sobre la cama mirando el vestido y la ropa interior. Quise llorar pero no pude. En el fondo, a pesar de todo lo malo que pudiera parecer, en mi desierto gris no había lugar para la pena. Después de un rato de pensarlo y hacerme la idea, mientras él jugaba con un cigarrillo dándole golpecitos a la mesa y se empinaba un vaso de vino, me fui al baño que quedaba al final del pasillo y que compartíamos con los otros diez cuartos del piso dos de la pensión El Ángel, me di una ducha y me puse con cuidado mi nuevo disfraz.

Volví al cuarto en chancletas y vestido y le dije que faltaban los zapatos. Me miró como si fuera la primera vez que me veía. Esa mirada, en ese momento, me hizo creer -estúpidamente, una vez más- que el mundo tenía sentido. Pero no, no lo tenía.

Me metió la mano por debajo del vestido y sellamos la noche con él como mi primer cliente, su paga fue un par de zapatos.

Al día siguiente, al fin de la tarde cuando las luces de los autos empiezan a encenderse y la ciudad entra en ese trance azul celeste, fui hacia el baño del final del pasillo nuevamente. Era el primer día de una rutina que se arrastraría por un tiempo largo pero no mensurable, no medible, un tiempo que me arrastró de fauces al subsuelo de una forma atroz, dejó mi alma encarcelada más allá de todo lo conocido e hizo de mí un ser queapestaba a humanidad.

Me dirigí con paso lento hacia la esquina que él me había dicho que tenía que ir. Aparentemente ya tenía todo solucionado en el lugar, sabía que era un hervidero de clientes y no sé si habrá hablado con alguien o no, pero la cuestión es que nadie se acercó a molestarme, ni las otras chicas ni los tipos que paraban por ahí.

Me paré en la esquina como si supera lo que hacía. Instintivamente me pareció que

mostrar inseguridad sólo empeoraría las cosas y por otro lado, mucho más miedo me daba volver a la pieza sin plata que cualquier otra cosa que me pudiera pasar. En mi cabeza el máximo mal posible era aquel con el cual convivía y al cual me sentía atada sin remedio.

El primer cliente que tuve fue un bajito de pelo bien lacio y como pegado al cráneo, un pelo marrón y grasoso. Miraba para todos lados como nervioso y se frotaba las manos sin parar mientras se pasaba la lengua repetidamente por los labios finitos. No fue especialmente descortés y se notaba que hacía rato que necesitaba una mujer. Fue rápido.

Le dije lo que *él* me dijo que dijera, cobré lo que *él* me dijo que cobrara y fui al hotel donde *él* me había dicho que tenía que ir.

Cuando se fue me metí en la ducha y traté de sentir algo, de llorar, de encontrar la necesidad de sacarme el olor a ese hombre extraño, de sentir rabia de la puta

vida... No pude nada de eso. Lo único que pude hacer de verdad fue bañarme rápido para salir a la calle a cazar a uno más y tratar de volver con plata a la pieza para ver el destello en esos ojos que tanto me enloquecían. Era más la necesidad de esos ojos, del destello de esos ojos, que el miedo a esas manos, que el dolor de los insultos, que las patadas en las costillas cuando ya estaba tirada en el suelo pidiendo a gritos que pare.

Cacé varios más esa noche. No sabía si había alcanzado un buen promedio o no pero ya tenía para pagar el alquiler y un poco más así que cuando el cielo se volvió más claro y las luces de los autos empezaban a perderse y a hacerse innecesarias, enfilé hacía la pensión.

Cuando llegué él dormía. Dejé el mazo de billetes sobre la mesita que teníamos y me acosté a su lado. Me desmayé de cansancio.

Unas horas más tarde, ya bien entrado el día, me despertó con el mate hecho. Eso

nunca había sucedido, fue la primera vez que me esperaba él con el mate hecho. En general me mandaba a salir de la cama y que se lo prepara yo.

En ese momento me pareció que todo el trabajo de la noche anterior había valido la pena, fue dulce conmigo y hasta compró facturas.

No hablamos del tema de la plata ni de su procedencia, se dio un pacto de silencio tácito. Pero a diferencia del resto de las mañanas de nuestra vida en común, hablamos. Me habló de lo mala mujer que era la del tipo del bar donde se pasaba las tardes, del resultado de la lotería y algo sobre los dueños de la pensión que no recuerdo. Quien hubiera entrado en ese momento hubiera visto una pareja normal desayunando en un día rutinario cualquiera. Para mí fue el primer día en el que él me trató como gente.

Paradójicamente a lo que pudiera parecer, ese plan macabro que él había trazado, fue mi salvación. No es que él

fuera un ser inteligentísimo capaz de trazar planes magistrales, pero tenía un instinto animal que lo hacía actuar con una precisión exacta cuando se trataba de tener una presa atrapada bajo sus garras. En algún lugar de su ser despiadado, sabía que ese buen trato matutino sería lo que me haría regresar cada madrugada y apoyar el mazo de billetes jugosos en la mesita. Sabía que yo necesitaba de su aprobación más que de cualquier otra cosa en este universo y se encargaría con premura de mantener en mí viva la esperanza de conseguirla.

Se siguió una rutina de mañanas con mate y facturas o pan con mermelada, unas tardes insoportables de insultos (ya no tantos golpes para no dejarme marcada y perder su rendimiento diario), unos atardeceres de *dale apurate no llegues tarde* y unas noches mías y solitarias, llenas de gente y de clientes mal olientes.

Digo que el plan de él fue lo que me salvó porque mientras duraban esas pocas

horas del día en que era amable conmigo, se encendió algo que pensé que estaba muerto. Me hizo revivir las mañanas en la casa de mi abuela cuando me despertaba con mate dulce y criollitas y el aroma a los tilos en flor me transportaban al más allá.

Eso había sucedido hacía siglos, estaba tan lejos de mí que no podía recordar su cara. Ella murió cuando tenía doce años y yo sentí que me quedé sola en el mundo.

Papá nunca tuve, mi mamá se iba a trabajar durante la semana a una casa de familia y volvía los sábados después del mediodía y yo vivía con mi abuela. Cuando ella falleció, yo seguí con mi vida. Iba al colegio sola, me preparaba la comida sola, me ocupaba de las tareas del hogar sola y cuando mi mamá llegaba los sábados nos sentábamos un ratito a charlar en el patio pero después había que hacer las compras para toda la semana, limpiar lo que yo todavía no sabía limpiar y sobre todo dormir, porque ella siempre estaba muy cansada.

Me costaba en ese momento entender por qué estaba tan cansada, con el tiempo entendí que la vida cansa. Que seguramente era el trabajo en sí pero también debía serlo el estar en una casa que no es la de uno, vivir lejos de su hija, y que tal vez la propia angustia de no poder estar cerca mío la hayan llevado a que nos costara relacionarnos, a que su cáscara dura se hiciera cada vez más dura y la mía se engrosara también, cada vez más.

Tuve una buena madre, era parca pero me quería y vivía para mí. Tuve una buena abuela, con la ternura que se permiten quienes han pasado la vida luchando contra la miseria y que por sus armas desiguales, nunca vencen. Fue una infancia corta y dura, pero no infeliz. Tenía la felicidad de saber que las dos mujeres que constituían mi familia, me veían como el tesoro más precioso del mundo.

Cuando cumplí los dieciséis los patrones de mi madre se mudaron al sur y

quisieron que ella se fuera con ellos. No tuvimos muchas opciones, yo estaba en la secundaria y nunca había trabajado todavía, entonces ella se fue al Sur. Abrimos una cuenta en el banco y me hacía depósitos todos los meses para que yo pudiera vivir y no tuviera necesidad de dejar el colegio. Así que en un principio fue así, de lunes a viernes iba al colegio y los sábados, por la costumbre y el recuerdo, me sentaba en el patio a esperar a alguien que sabía que no vendría.

El primer sábado que ella no vino fue la última vez que lloré en muchísimos años. Me sentaba un rato en el patio y después entraba y prendía la tele. A veces ella me llamaba por teléfono y charlábamos un poco de cómo iban las cosas y hacíamos planes para cuando viniera de vacaciones a Buenos Aires.

Después de algunas semanas de esa nueva realidad, decidí empezar a salir.

Como dije, tenía dieciséis años, estaba en cuarto del secundario y era una buena

alumna. No tenía muchas amigas pero en clase me llevaba bien con todos, solamente no tenía la costumbre de encontrarme con las chicas fuera del horario escolar.

Como yo sabía que ellas se juntaban los fines de semana para ir a bailar o conocer chicos, les dije que el próximo viernes a la noche quería salir con ellas. Al principio me miraron como si no se hubieran dado cuenta de que yo no había ido nunca, porque como en el colegio éramos todas tan unidas, les parecía raro que en realidad no participara de las actividades sociales; así que así fue.

Ese viernes comenzó mi vida fuera de las paredes de mi triste, solitaria y segura casa.

No pasó nada extraordinario. Salimos, tomamos un poco, conocimos gente y volvimos al barrio cerca del amanecer. La semana siguiente y las próximas siguieron iguales.

En agosto mi mamá llegó de visita. Habían pasado cuatro meses desde que se

había ido y sin embargo me pareció que tenía diez años más, a ella debe haberle pasado lo mismo porque me miro y me dijo – ¡Margarita, estás hecha una mujer!- Yo me sonreí porque a esa edad a uno le da un poco de pudor que las madres reconozcan que ya no somos niñas.

Pasamos las dos semanas más felices de mi vida. Como ella no venía los fines de semana, trabajaba más, y para llevársela al Sur también le habían aumentado el sueldo, entonces teníamos plata para hacer cosas que casi nunca podíamos, fuimos al cine, comimos pizza y me compró algo de ropa, pero lo mejor de todo fue que caminamos muchísimo, como amigas antiguas que hablan de la vida y de las cosas más comunes con total entusiasmo.

Dos semanas duró ese regocijo del alma y el vacío hueco que dejó su ausencia fue mi lápida.

Cuando ella se fue empecé a salir más y más, ya no esperaba que fuera fin de

semana. Me había hecho amiga de otros chicos y chicas del barrio y empezaba a ver que había otra cosa además del estudio y de portarse bien. Esa época fue una sombra fugaz, la verdadera noche se desprendió de ahí como una espina sucia y dura.

Estábamos una noche tomando unas cervecitas en la esquina y hacía frío. Debía ser principios de septiembre. Fue esa noche que lo conocí a él. Se acercó a mí haciéndose el lindo. A mí al principio no me había gustado mucho, pero como me insistió hablándome al oído y acariciándome el pelo, al final cedí, y lo dejé que me besara. Ese fue mi primer beso. Ese fue mi primer todo. En la esquina del kiosco del Toto, debajo de los jacarandás pelados, en mi barrio de casitas pobres, le regalé mi primer beso a alguien a quien nunca había visto y que se transformaría en mi verdugo sin pagar ningún precio por ello.

Después de un rato de besarnos me acompañó hasta mi casa, y como no había nadie, entró y pasó lo que tenía que pasar. Dejé mi virginidad en las sábanas de florcitas que mi mamá me había regalado. Después de eso se fue y yo me acosté a dormir. Al otro día no fui al colegio, era la primera vez en el año que faltaba.

Esa misma noche volvió y siguió viniendo a buscar lo que -no sé porque- se había convencido de que era suyo y le pertenecía por derecho. Después empezó a venir más temprano hasta que llegó el momento en el que venía todo el día y no hacíamos nada, sólo nos quedábamos ahí, mirando la tele en la cama y haciendo lo único que a él le interesaba hacer. Para ese entonces ya me había convencido que dejara el colegio y que mis amigas eran una mala influencia. Después de eso no quiso que hable más con mi mamá. Para mí eso fue difícil porque la casa era de ella y cuando volviera en febrero, que serían sus próximas vacaciones, la cosa se iba a

complicar. Así que se lo dije y él consiguió trabajo en la compañía de mudanzas y me dijo que había conseguido un trabajo para mí con una amiga de la mamá de él de limpieza en un hospital y nos mudamos a la pensión donde vivimos los próximos cinco o seis años antes de mudarnos a la de El Ángel.

Lo de no ver a mi madre no me resultó fácil. Le había dejado una nota sobre la mesa y la casa cerrada, cuando llegó no quiero imaginarme su angustia y su bronca. Pero no pude elegir, mi alma se encontraba en un estado de sequedad tal, que aunque todos los atributos de la razón me dijeran que ella estaba trabajando y que lo hacía para mí, yo sólo podía ver lo sola que me sentía y el infierno que era el silencio de la casa, de las noches y los días; y que ese alguien que ahora tenía a mi lado me necesitaba aunque sea para sacarse la calentura, y eso me bastaba.

El mal trato nació en el mismo comienzo de la relación, pero juro que no

me importó. No me importaba nada, sólo quería algo que llenara mi vacío atroz. Él lo debe haber percibido desde que me vio en la esquina del kiosco del Toto, yo era muy joven y honesta, no había aprendido cuán necesario es no mostrarse. Era el blanco perfecto para cualquier lobo hambriento; me tocó ese hombre, me podría haber tocado cualquier otro que hubiera venido a hablarme al oído de esa forma.

A la pensión de El Ángel nos mudamos después que nos echaran de la otra porque en una de sus golpizas me tiró por las escaleras y al dueño le dio miedo que me matara y le cerraran el negocio. Por lo que yo, casi sin poder moverme por los moretones -y calculo que debo haber tenido alguna costilla rota, no lo sé porque no fui al médico-, tuve que cargar dos valijas pesadísimas por las calles de Constitución hasta la nueva pieza. Después que dejé las valijas, me fui a trabajar.

Como trabajaba en un hospital había visto muchas veces mujeres golpeadas como yo que iban a hacerse atender. Yo nunca me hice ver. No quería escuchar lo que me imaginaba que me dirían.

Después de las noches en las que empecé a prostituirme por dinero y las mañanas en las que me trataba mejor que el resto del tiempo, como dije antes, algo en mí renació. Me acordé que existía algo parecido a la ternura dentro de mí y que algún día alguien me había amado. Una de esas personas que me habían amado era mi madre, que a diferencia de mi abuela, todavía estaba viva y que hacía más de ocho años que no veía.

No pensé si me daría vergüenza que ella supiera de mi nueva realidad y mi nuevo oficio, solamente sentí otra vez el mismo hueco de vacío olvidado que hacía años venía tapando con cenizas.

Pensar en irme de buena manera era algo imposible. Él no aceptaría que su

sustento diario lo abandonara. De repente y como un balde de agua helada la realidad me cayó de golpe y vi y entendí todo. Podría decirse que fue una epifanía moral. Me vi. Vi ocho años de mí que en ocho años no quise o no pude ver.

Tuve un recuento exhaustivo de humillaciones, de engaños y malos tratos. Me vi una y mil veces en las peores situaciones imaginables rogando por mi vida. Y por primera vez en más de ocho años, lloré. Pero no lloré de tristeza, lloré de rabia, una rabia tan autentica que nada en este mundo ni fuera de él, sería capaz de detener.

Nada, sin embargo, en mi semblante mudó. Esa noche me puse el vestido y salí a la calle.

Tenía que construir una forma de no salir perdiendo. Invertí ocho años de mi vida en ser punching-ball de alguien que no se iba a llevar de arriba el haberme destrozado, el haber utilizado este pobre

cuerpo de muñeca inflable y este corazón de escupidera.

Tenía veinticuatro años y no tenía sed de venganza sino de justicia, una justicia que no podía operar de otro modo que por mano propia. Esa mano estaba al final de mi brazo.

Cuando llegué a mi esquina decidí que ese, mi nuevo oficio, sería también mi salvación. Así que esa noche en vez de facturar los clientes de siempre, facturé dos más en el mismo tiempo. De esos dos de más que hice guardé la ganancia en un bolsillo falso que le había cosido a la cartera. Al día siguiente cuando él salió a tomar o a estar con otras mujeres, o andá a saber qué era lo que hacía por ahí, encontré un escondite en la pieza, atrás de la cama, abajo, en una tabla medio floja del piso.

Pero cuando volvió empecé a sentir miedo, conocía su instinto, no iba a tardar

mucho en darse cuenta que algo en mi había cambiado.

Sin embargo yo merecía salvarme, esencialmente porque yo era yo y el universo había invertido millones de años de historia en mí y en las tipas de mi clase.

Entonces me deshice de la idea del dinero. No era dinero lo que yo quería sino verlo humillado y pidiendo por su vida. No lo quería muerto, lo quería pisoteado y con vida suficiente para poder sufrirlo por un largo y doloroso tiempo. Así que cambié el plan.

A la mañana siguiente le dije que necesitaba plata para comprar más maquillaje para estar más linda y conseguir clientes mejores, que pagaran más. Me miró raro pero traté de convencerlo de que podía sacar la misma plata con dos o tres clientes menos que pagaran mejor o que sino, podía sacar más plata con la misma cantidad que venía haciendo. Eso le gustó.

Con un tipo que paraba cerca de mi esquina, un *dealer* que siempre estaba por ahí y nos habíamos hecho medio amigos, compré unas pastillas que podían dormir a un caballo, y en la farmacia compré maquillaje barato como para engañarlo si me preguntaba algo de la plata.

A la mañana siguiente cuando se despertó, en vez de encontrarme dormida, se encontró con un café con leche y facturas servidos para él. Le comenté que realmente las ganancias habían aumentado un poco la noche anterior así que podíamos festejar. Me miró de reojo, pero siguiendo con su plan de *no agresión* matutina, se quedó en el molde y tomó y comió todo sin chistar. Por supuesto que en un ratito cayó redondo. Le había dado una dosis como para que durmiera un día entero.

Ese fue el martes de mañana.

Cuando lo vi tendido no supe bien qué hacer pero no tuve ninguna duda que en él se concentraban todos los hijos de puta de

su clase y que mi misión sagrada en ese momento era hacer justicia, una justicia que sirva de lección a todos ellos.

Me lo tomé con calma. Giré varias veces alrededor de su cuerpo tendido tratando de no perderme en la ira que me provocaba cada una de las imágenes de miedo, terror y humillación que venían a mi mente cuando lo miraba. De todos estos años de sometimiento y vergüenza.

Finalmente me decidí. Agarré el cuchillo de cortar carne bien afilado y le revené sus genitales, pene y testículos, todo. La sangre que salía no me asustó ni me asqueó, tenía una dosis de anestesia general con la que había aprendido a convivir. Lo di vuelta y le puse el propio pene en el ano.

Busqué las ganancias de la noche anterior y lo poquito que había guardado debajo de la tablita que estaba atrás de la cama y me fui.

Como no estaba segura cuánto tiempo podía vivir con eso sangrando me fui hasta

Buequebús en taxi y de ahí mismo llamé al 911, después compré pasaje para el próximo barco.

Bajo ninguna circunstancia quería que muriera. Necesitaba que viva así los próximos cincuenta años, quería que se despierte y los enfermeros le cuenten cómo lo habían encontrado, con su pene en el ano y que esa imagen lo atormentara día y noche durante mucho tiempo, mientras que con su forzada y perpetua castidad tendría que tolerar vivir una vida de deseos insatisfechos y torturantes.

Cuando llegué a Montevideo llamé a mi mamá. Sorprendentemente estaba en su casa. Apenas atendió y escuchó mi voz se quebró en llantos. Le dije que necesitaba verla y que se tomara el próximo barco hasta la costa uruguaya.

Los pobres no podemos huir muy lejos, pero fuera del país me sentía a salvo. No sabía si me denunciarían a la policía o no, ni siquiera sabía si él realmente había

sobrevivido a la hemorragia. Esperaba que sí y que al día siguiente la noticia saliera en el diario para que les sirva de lección a todos esos proxenetas y machitos de mierda.

La plata que me había llevado me alcanzó para pagar una semana en una pensión en Montevideo y mi mamá se quedó conmigo.

Fue una semana maravillosa, nos contamos lo que en ocho años de silencio no supimos la una de la otra. Y yo le conté todo, el miedo, los golpes, la prostitución... todo. Con miedo, con vergüenza con ganas de que me perdone por haberla dejado por todo ese tiempo. Pero entonces pasó algo que no me esperaba. Ella, que para mí era sólo eso, una madre, me reveló algo que no sabía.

Hace veintitrés años, cuando yo tenía un poco más de un año y medio, el hombre que fue mi padre, le dio una paliza colosal. Era una paliza más entre tantas palizas, pero hubo una diferencia, esa vez estaba

yo y él la amenazó con matarme. Ella esperó que se durmiera y me llevó lejos, nos fuimos a Buenos Aires y nunca más supimos de él. Mi abuela un tiempo después dejó todo para seguirnos y que no estuviéramos solas, para poder cuidar de mí y que mi mamá pudiera trabajar.

Ahí empezó nuestra vida en la gran ciudad, lejos de todo lo que ella había conocido en su provincia de Andes y aire fresco.

Fueron bellas tardes de charla en la rambla de Montevideo porque aprendí que vengo de un linaje de guerreras, que la vida es un lugar ancho y con espacio para todo, para cambiar de rumbo cada vez que lo consideremos necesario, y que empezar de nuevo es difícil pero vale la pena; que es posible que existan otro tipo de hombres y no sólo hombres de mierda, pero sobre todo, que no es su mirada la que le da sentido al mundo, sino la mía.



## **Estoy sentado a la orilla de la tarde**

L. dejó su cuaderno abierto sobre la mesa de la cocina después de garabatear las últimas oraciones con una letra rugosa. Los párrafos terminaban curiosamente sin puntos. Empezaba las oraciones con mayúscula pero el párrafo anterior era como si no hubiese terminado, quedaba abierto a falta del pequeño símbolo del final.

Había salido a tirar la basura y desapareció caminando, siguiendo algún rastro que lo impulsaba a continuar tras la hilera de árboles del costado de la vereda.

He aquí lo que hallé cuando llegué, en circunstancias que después voy a contar:

*Estoy sentado a la orilla de la tarde*

*Teníamos una manera peligrosa de hacer todas las cosas. Había algo de vertiginoso en la forma que teníamos de caminar por las calles de la ciudad haciendo que las horas nos devoren. Nuestros pasos caminaban a un ritmo que rozaba la subversión a la vida. La importancia que tenía en aquel momento morir o no morir, era ninguna. Nos deslizábamos como gigantes en dulce agonía de una danza azul que latía al ritmo primario de la demanda de los sentidos*

*No nos amábamos, el sentimiento era mucho más visceral e inmediato. Había algo de tragarse la vida hasta ahogarse, hasta perder el aliento, hasta no poder más*

*Degustar con prisa todas las miradas sobre el mismo punto, ser traidor y traicionado, ser el vacío y lo lleno, ser el espectador y el actuante. Mirarnos a nosotros desde todos los puntos, comernos con furia, sin piedad,*

*abandonarnos al costado del camino y recogerlos más adelante cuando estábamos heridos. Volver a abandonarnos, dejarnos destrozados, patearnos los pedazos, sufrir las ausencias de forma lacerante, sufrir los reencuentros de forma lacerante. Sufrir lacerantemente*

*Había una playa en donde el sol se esconde y uno se queda sentado al costado de la tarde. El sol va siendo tragado por el atlántico y las nubes pasan de naranja a rosa, de rosa a lila, de lila a las fauces de la noche. Y la noche nos traga una vez más. La playa queda sola. Sola cuando somos dos. Sola cuando uno deja al otro, sola cuando nos volvíamos a encontrar, sola cuando la traición retorna con su olor de caramelo y la sensualidad histérica no para*

*¿Cuánto tiempo duró aquello? No lo sé, ni siquiera sé si ha terminado y sin embargo, lo que llevo sin verte es tanto más que lo que te vi...*

*Era un tiempo que se media entre libros. Leíamos como descosidos a los más malditos y andábamos como ellos sin esperanzas en nada, una existencia que desconcertaría a cualquier utilitarista: porque sí y para nada. No había fundamento, era solamente el transcurso de días largos secuenciados por noches aún más largas*

*Lo que me ataba a tu boca húmeda no eran tus besos sino tu prosa y cómo te fundías en mi prosa. La prosa tiene más poder que el sexo, despierta un anhelo mayor que el amor. El anhelo, como bien sabemos, a diferencia del deseo, es insaciable, no tiene fin y se arrastra definitivamente sobre nosotros dejándonos sin escapatoria*

*Revolcarnos como locos y masticarnos la carne era sólo un efecto secundario*

*Mucho más adelante en la cronología de las cosas, el tiempo se pasó a medir en trenes y en kilómetros. En cuán lejos*

*estaban mis letras de tu mirada y de tu oído atento*

*No recuerdo de vos ni caricias ni besos, sólo recuerdo historias. Recuerdo el halo que nos envolvía caminando por la ciudad desierta y helada de julio. Lo recuerdo tanto... recuerdo el olor, la tristeza dura que sentía. Ver tu cuerpo pequeño y sin culpa, sin pretensiones, lo usabas como una herramienta para la experimentación de todo aquello que se atravesara, siempre a punto de lanzarte al vagón que pasara por delante y después siempre dispuesta a saltar de allí sin pensarlo. Viviendo dolorosamente, porque sí y para nada. Enojada con el destino por haberte quitado la fe, orgullosa de carecer de ella, enojada con ese orgullo y asustada como un niño porque la vida era mucho más que un sueño malo del cual nadie pensaba despertarte*

*Te extraño, no siempre pero a veces sí, y lo hago con la intensidad de no haberte*

*dejado de extrañar nunca. Como si hubiera sido la madrugada de hoy cuando te vi yéndote tambaleante, borracha y llorando. No llorabas por mí, llorabas por el mundo, por cada rincón vacío en este espacio ajeno. No llorabas por mí pero si por mi culpa, nunca supe ser el fluir que saciara tu sed de cosas lejanas ni de pequeñas honestidades*

*Te quise tanto sin quererte y nos lastimamos tanto por el placer pequeño de vernos doler que en el canibalismo del amor que supone que posee, nos tuvimos más que si nos hubiéramos amado*

*Todavía hoy después de que los almanagues se amontonaron como ropa sucia a un costado de la cama, trato de encontrarte en las calles. Me urge verte pero no puedo buscarte*

*A veces incluso voy hasta la playa donde se esconde el sol en el mar y pienso en que aparezcas por ahí, en ver el vuelo de tu pollera alguna vez más. Sé que estás en algún lugar de este ancho mundo y que*

*si me lo propusiera en serio te encontraría en un suspiro. Pero no hago nada. Termine el cigarro, me acaricio la barba y sigo con mi vida*

*Necesito saber desesperadamente si mi versión de la historia concuerda en algo con la tuya, si esos retazos que vivimos fueron parte de una conversación dulce y triste o un monólogo absurdo en mi mente enferma*

Cuando entré había en la piletta un plato sucio, un vaso y un par de cubiertos, el resto estaba en orden.

Había un cigarro por la mitad en el cenicero, me dio risa porque me acordé que la última vez que lo vi me dijo que había dejado de fumar.

Después que leí lo que acabo de transcribir me quedé un rato sentada tratando de hilvanar los hechos y darle una forma coherente.

El día anterior había tenido un sueño de una tristeza tan triste que cuando me

desperté esa mañana corrí al puerto y compré un pasaje en el primer barco que salía.

Fue raro ver la urbe inmensa otra vez emergiendo del río. Hacía años que no la veía así, hacía años que no la veía... Esa masa de agua marrón meciéndose suavemente, que tiene su freno en un paredón de cemento gris que da inicio a la ciudad, un inicio sobre el cual se emplazan miles de edificios espejados irguiéndose desparejos. El aire sucio que se percibe desde lejos y el olor del puerto...

De todas las cosas que había olvidado en mi vida nada me revolucionó tanto por dentro como volver a oler Buenos Aires. Era un rastro completamente apagado, un hueco que había quedado sin memoria, una zona gris en mi cerebro y que se activó con tanto impacto que tuve que agarrarme de la baranda para sentir que no me iba a caer.

Cuando puse mis pies en tierra atravesé las avenidas en búsqueda del primer

colectivo que me lleve a la última dirección que tuve de L.

El barrio tenía las mismas calles, los negocios, los árboles y las plazas, pero yo ya no era la misma, entonces mi capacidad sensorial percibió todo distinto. No era que yo volvía a visitar algo dejado sino que venía a ver algo que nunca había visto.

Pensé durante todo el viaje que al estar de nuevo por aquel viejo barrio, el mundo se cerraría sobre mí tragándome para siempre en sus recuerdos, sin embargo no fue así. Tuve la sensación de un turista, alguien incapaz de reconocerse en la ciudad, de sentirla propia. Fue un sentimiento raro e inquietante porque yo había ido a conciencia a buscar algo que quería encontrar y ese algo se encontraba directamente relacionado con alguien y con una densidad por la que quería ser tragada. Nada de eso ocurrió, por lo menos no como había esperado.

Me sucede a menudo que la realidad es más sorprendente que mi capacidad de

imaginarla. Entonces pasó eso, después de sentir el olor en el puerto, Buenos Aires se desentendió de mí.

Golpeé dos veces a la puerta de madera blanca y despintada después de comprobar que el timbre no andaba. En realidad no estaba segura si él seguía viviendo ahí, ni siquiera sabía si se había casado y tenido hijos o si habría muerto.

Nadie vino a atenderme así que me senté un rato en el escaloncito a pensar que estaba loca en haberme embarcado en esa historia absurda de ir atrás de alguien que hacía siglos que no veía por haber tenido un sueño que me laceró por dentro.

Pero ya estaba ahí y si iba a estar loca iba a estar loca del todo. Salté el murito del costado de la casa y me metí por el jardín, la puerta de atrás que daba a la cocina estaba sin llave como siempre y cuando la abrí supe que él seguía ahí. Los muebles, el perfume, el plato en la pileta y el mate que había quedado con yerba

desde la mañana. Estaba todo igual a la última vez que pisé el lugar. Había libros apilados en el piso, otros en la biblioteca, varios en la mesada. Nada más, el resto tenía el orden lógico de un hombre que vive solo. Sólo el cuaderno abierto con el último escrito y el cigarro armado a medio terminar era lo que daba la sensación de que alguien me hubiera estado esperando con las vísceras abiertas para que yo pase y me sirva.

Cuando terminé de leer agarré la birome azul que estaba apoyada a un costado, di vuelta la página, le hice un dibujo que supe que reconocería y escribí:

*Fue una conversación dulce y triste y no sabés cómo me hace falta. No siempre, no todo el tiempo, pero a veces reanudo ese diálogo en mi mente y te sigo contando las durezas de mi alma y después escucho tu risa dura burlándose de mí y de todo, y no me enoja porque sé que fuimos voraces, que nos arrancamos*

*de a cachos y que nos dolimos pero que no fue por más odio que el que nos inspiraba la vida misma y esa desolación gigante de sentirnos solos en este inmenso y ajeno universo*

*No te extraño porque nos amamos, te extraño porque fuimos auténticos, porque no teníamos fe en nada y aun así nos tuvimos tanto*

*Nos vemos por ahí, espero, en algún momento. Fue tan bueno saber de vos que ahora estoy llorando. Ya sabes que lloro siempre que las cosas son bellas y desoladas. Ha sido una cosa bella desolada volver a ver tu letra en un papel, mucho más bella de la que hubiera podido imaginarme*

*Te extraño porque sí y para nada, no con el propósito de volver a verte o de tenerte una vez más, solamente te extraño porque vos y yo hemos dejado sin aliento al aire*

Me fui, tomé el bondi, me subí al barco y volví a mi playa.

Mucho tiempo después estaba sentada en las rocas que dan al mar mirando el sol ser tragado por el océano y de repente una mano desde atrás me tapó la boca. Me quedé quieta, seguí mirando hacia adelante y mordí la mano con fuerza. Cuando sentí el sabor de esa piel otra vez entre mis dientes un súbito silbido me ensordecíó y el mundo se volvió una pintura expresionista de colores y pinceladas mezcladas, difusas, sin límites ni contornos definidos.

Gozamos tan duro de nuestros cuerpos esa noche y durante algunas largas noches y largos días más...

Hasta que otra vez, cada uno siguió su camino solitario.



## Las magnolias de la plaza Zabala

Estoy sentado en la sala de espera de un hospital hace aproximadamente una hora. No pasa nada, nadie me llama, nadie me mira, no existo.

Llegué y hablé con la recepcionista y le dije que necesitaba un médico. Me dijo que me siente y que espere. Es lo que hago desde entonces.

Afuera llueve.

Yo había salido a caminar para mover las piernas y sentir un poco la lluvia cayendo.

Hacía cuatro días que no salía del atelier, pintaba un poco, escribía un verso, paraba, seguía, cambiaba de idea, aprontaba el mate, tomaba un poco, se enfriaba, le daba vuelta la bombilla, volvía a pintar, escribía de nuevo, releía, volvía a

mirar la tela con colores, cambiaba de idea otra vez, preparaba otra vez el mate... En fin, andaba un poco perdido.

Por fin decido salir, abro la puerta y la luz de la ciudad nublada me siega un poco.

Camino primero hasta la peatonal Sarandí y después hasta la escollera, de ahí bajo hasta la rambla y sigo el curso del mar marrón y revuelto.

Me mojo bastante pero no me importa, hace calor y vale la pena porque las tardes de lluvia quedan sólo para los valientes, el resto huye a proteger sus cuerpos como si fueran a derretirse.

Camino un poco eclipsado porque me da la sensación que el mundo huele diferente desde la última vez que salí. No sé si es porque hay viento sur y huele a sal y a mar y a historias de Jack London o porque soy alguien que vive sorprendiéndose por todo como un idiota. Sin embargo afirmo que algo había en el aire.

Sigo en el hospital, del médico ni noticias. Ya van dos horas y media. Empiezo a pensar en irme con el brazo roto como lo tengo, irme así nomás. De todas formas es el izquierdo y no tiene mayor utilidad para mí, y por otro lado ya no me duele. Además puedo guardar de trofeo de guerra la deformación que me va a quedar en el hueso mal soldado y hacerme el romántico contándole a alguna chica que me caí de un árbol tratando de capturar magnolias en la Plaza Zabala.

Pero no me voy, me quedo sentado esperando que el tiempo haga su trabajo silencioso.

En la sala de espera hay gente de todo tipo, algunos se ven bastante mal, se agarran un ojo, una pierna, el pecho. Hay mujeres que consuelan a sus hombres y hombres que consuelan a sus mujeres, y yo que ni me consuelan ni consuelo a nadie. Sólo pienso en el momento que me caí del árbol y voy repasando todos mis pasos, desde el momento en que decidí ir a

la plaza, qué tenía en la cabeza y por cuáles calles anduve.

Las imágenes se amontonan, parece que hubiese pasado un siglo en un único día. Lo primero que recuerdo a la perfección es ir por la rambla a la altura del Barrio Sur y querer seguir andando hasta que el mundo se resolviera a terminar.

Reconstruyendo los pasos que di de manera ordenada puedo decir que llegué andando hasta cerca del Parque Rodó. Lo siguiente que recuerdo es haber bajado a la playa a mirar el mar y su contraste con la arena en ese vaivén que tienen las olitas minúsculas de esa agua que no es ni dulce ni salada, y por lo tanto su densidad tiene la particularidad que –no sé si los químicos tendrán o no una fórmula para eso- para mí es una densidad indefinida.

Cuando el agua toca la arena de la playa y ésta se moja y se encharca sólo un segundo, ese instante en particular, no

tiene paralelo con lo que pasa en un río o un mar de verdad.

El estuario es tan original como el nombre, es ese paso, esa transición, esa metamorfosis acuática de algo que cambia inexorablemente, esa transmutación de dulce a salado. No se puede volver atrás, es de una vez y para siempre. Así, permanente. Por lo menos hasta que el agua se evapore y vuelva a arrojarse a la tierra de forma inconsciente.

Algo así me parece que me pasó a mi esa tarde gris que llovía finito, después no llovía más, a veces asomaba un cacho el sol pero sólo eso, el resto continuaba gris. Después por ahí llovió de nuevo pero no me acuerdo bien... Lo que me pasó es que hubo esa transformación interna y grossa cuando dejé de mirar la arena y las olitas que la mojaban, levanté la vista y la línea siempre recta y eterna del horizonte se clavó en mi retina.

Recuerdo brevemente que había un grupo de gente fumándose un porrito, pasé por ahí, fumé un poco yo también y me quedé un rato hablando giladas.

En eso apareció una chica amiga de esa gente y no sé bien cómo, después de un rato, caminaba al lado mío como si entre nosotros hubiera alguna cosa. Y realmente la había, ella estaba bastante bien y yo trataba decentemente de hacer uso de mis estrategias galantes. Parece que lo venía logrando...

De repente hubo algo, un desencuentro teórico, lejos de la cama y del amor pero dentro de la seducción de los posibles.

Me preguntó cosas varias, de mi vida, de dónde vivía y de mi trabajo. Le conté un poco... Le conté que hacía algunos años había vuelto de Buenos Aires donde había pasado parte de mi niñez y mi adolescencia, que allá había estudiado, trabajado, ganado plata, perdido plata, me habían pasado un montón de cosas y que por una cuestión de faldas había resuelto

volver a Montevideo. Por supuesto lo de la falda no funcionó pero yo ya estaba ahí, era mi país y punto. Ya no volví a irme. Mis padres tampoco estaban más allá, se habían ido en alguna de las sucesivas crisis a probar suerte a Barcelona y por allí andaban, aguantando la crisis europea. Y que yo pintaba cuadros y escribía poesía.

La chica se llamaba Camila y estaba en el último año de joyería en la Figari y también hacía esculturas. Ahora había salido del taller a dar una vuelta para airear los pensamientos.

Andaba enrollada con el tema del arte, con la función social del arte, la no función social del arte, con la lógica capitalista del arte, con el valor ilógico del arte, con los artistas militantes que pintan cuadros heroicos y que terminan en colecciones privadas de déspotas llenos de billete o en livings multimillonarios, al lado de mesas o sillones de costos altísimos y observados por gente que no entiende nada de lo que el autor quiso transmitir.

Caminamos un poco y discutimos el asunto, por supuesto sin llegar a ninguna conclusión, más bien era en un tono un poco épico de cruzada contra el mundo.

Eso me gustó, creo que fue lo que más me gustó.

Nos dimos unos besos mientras discutíamos. Los besos tenían el gusto de la disputa por el poder aunque en realidad los dos pensábamos más o menos lo mismo.

Después pasamos por un almacén, compramos un vino y volvimos a la rambla a tomarlo. Ya anoecía y nos quedamos ahí, mirando el horizonte que yo había mirado un rato antes. Le comenté el asunto del agua ni dulce ni salada, mi percepción de la densidad indefinida y las mezclas indisolubles.

Tomábamos del pico, ella de a tragos más largos que yo. Se quedó pensando un rato en lo del agua y después dijo que sí, que nunca lo había pensado pero que era verdad. Con los metales pasados por fuego

pasa lo mismo, ponés oro y cobre, le subís la llama al soplete y en un rato tenés oro rosado. Un metal nuevo creado a partir de dos anteriores que se desintegraron indefectiblemente.

El vino se terminó y la noche estaba de lleno en la ciudad. Teníamos hambre. Me dijo que si quería podía ir con ella a su casa, que era en realidad el taller, y podíamos preparar alguna cosa para comer.

De pasada compramos otro vino y allá nos fuimos.

La casa taller en realidad era un garaje viejo que alquilaba en Barrio Sur. Tenía un baño, una mini cocina, una cama chica y la mesa con las herramientas, el soplete y un montón de cosas diminutas y desconocidas para mí. Al lado de la mesa también tenía algunas esculturas de arcilla en el piso que estaban bastante buenas.

Hicimos unos fideos con manteca y queso que comimos sentados en la cama mientras escuchábamos algo de música,

unos bluses zarpados de Muddy Waters, y tomábamos vino en unos vasos gruesos y enanos.

Los dos sabíamos que íbamos a terminar en la cama así que no había prisa ni necesidad de estupideces.

Le pregunté si hacía mucho que vivía ahí entonces me contó una parte de su historia, y eso fue lo que me hizo ir hoy a la Plaza Zabala en busca de magnolias.

Resulta que ella había llegado a Montevideo del interior, se había criado en la playa, en una playa medio desierta del departamento de Rocha. Sus padres eran artesanos y en algún momento habían recaído en La Esmeralda -ese es el nombre de la playa- y por ahí mismo se quedaron. Después de una serie de peripecias para sobrevivir con cero mango en invierno y viajes a lugares de ventas mejores en verano, un buen día decidieron irse de una vez a probar suerte en otro lado. Y se fueron a Brasil.

Ella tenía diecisiete y estaba terminando el liceo en Castillos y les dijo que no pensaba irse con ellos a ninguna parte más. Ya de chica había vivido en varios lugares, siempre atrás de las ventas, siempre buscando lugares nuevos que nunca terminaban de ser lo prometido. Ahora estaba ahí, estaba terminando sus estudios y ya había decidido lo que quería hacer, así que se despidieron con un fuerte abrazo, ella se quedó un año más con la casa y cuando el verano siguiente llegó a su fin, se mudó a Montevideo con la plata que juntó trabajando en un negocio de ropa en La Paloma.

Eso había sido hace tres años. Desde entonces estaba ahí, produciendo joyería y esculturas, vendiendo en varios lugares, exponiendo en otros y viviendo en ese garaje.

Sus padres se habían instalado en Morro de San Pablo en el estado de Bahía y pensaba viajar a visitarlos a fin de este año.

El vino se acabó, llegó la hora de los besos y la cama.

Sigo sentado en la silla de la sala de espera, ya van más de tres horas. Estoy a punto de hacer un escándalo cuando viene un médico, me llama por mi nombre y me pide que lo acompañe a través de un pasillo sucio y estrecho iluminado con esas lámparas blancas horribles que tienen los hospitales.

Llegamos a la sala de rayos x, me sacan la placa y después de mirarla y toda la parte burocrática, me ponen un yeso blanco inmaculado.

Me voy caminando, sigue lloviendo. Me preocupa un poco que se me moje el yeso pero no hago nada, sigo caminando.

Sigo pensando en Camila y en cómo me dijo que le gusta ir a la Plaza Zabala a juntar magnolias porque el olor la lleva muy lejos.

Después que esta mañana salí de su casa pensé en llevarle unas que estuvieran

todavía en el árbol porque me pareció que le durarían más que las que recoge del piso.

Pero bueno, me caí del árbol y no pude llevarle nada. No importa, pensaba en su risa cuando me vea con el yeso y le cuente lo que había pasado y eso ya me era suficiente.

Cuando llego al atelier, así como estoy, todo mojado y enyesado, me pongo a terminar el cuadro que tenía a medio hacer.

Lo termino en algunas horas. Después también termino el poema que acompaña al cuadro, porque cada cuadro tiene poesía.

Ahora es de noche. Todavía tengo aroma de magnolias y de Camila.

Sigo pensando en el agua y su transformación permanente cuando se funde el río con el mar. Pienso que alguna gente cuando cruza por nuestra vida es así, opera esa transformación. A veces no se

debe ni al tiempo de la permanencia ni a lo profundo de las conversaciones, simplemente un rato amigable con alguien amigable en esta tierra de durezas y sequedades, te transforma, cambia tu esencia, te hace más lúcido, con la mirada más ancha.

## **Me siento flotando en una nube**

### I

Me siento flotando en una nube, no es una sensación agradable pero es una sensación real. Siento que he perdido conexión con casi todo lo que me circunda excepto con los afectos primarios y mi propias vísceras. Todo lo demás ha quedado lejano y como suspendido en el aire, como si hubiera sido tragado por el tiempo y el olvido.

Cosas que hace algunas semanas eran perfectamente cotidianas, hoy no tienen registro en mí. Todo ha sido muy raro y confuso. Todo flota. Mi fragilidad emocional es tal que siento que en cualquier momento va a estallar en miles de esquirlas... está al borde de quebrarse.

Hago todos los esfuerzos para que se mantenga por lo menos en estado latente de tensión para que no se me dispersen los pedazos y después no sepa ni dónde buscarlos. Ya he dejado pedazos desparramados por todas partes y a veces cuando quiero encontrarlos me doy cuenta que perdí el acceso a esos lugares o que si voy tal vez no sepa cómo volver, o que si voy y encuentro el camino de regreso, ya no seré la misma y que eso haga peligrar lo poco firme que he logrado construir.

En fin, estoy jodida. Todo un desastre.

No encuentro la forma de darle forma lógica a las cosas, de ser un ser completo. Es todo una gran pantomima absurda, todo un mundo construido a partir de actores de reparto, de cachos de cosas, de historias de gente.

Me duele un montón todo, las relaciones, las soledades, la tecnología, la industria, la ciudad maldita pero también me duele la naturaleza, las playas desoladas y el frío, los bosques tropicales y

los lagos. Me duele todo por lo que es, por lo que existe y también me duele por lo que no es, por lo que le falta, porque yo no puedo caminarlo entero a este mundo, porque hay montañas a las que no podré subir y colectivos en los que no podré andar, países a los que tal vez no vaya nunca, confesiones que nadie me va a hacer en idiomas que no voy a entender. Hombres a los que no voy a poder amar porque no se puede amar a todos los hombres, pero además, aunque se pudiera, eso no me haría sentir mejor, siempre existiría esa sed, esa falta de saciedad incontrolable... Miles de rincones en los que nunca me voy a poder esconder ni aunque viva cientos de años porque el mundo es un lugar enorme y uno es demasiado finito, demasiado mensurable...

Me he salido del carril. La sucesión de hechos se apoderó de mí y ya no soy dueña de las cosas y de los sentidos que se le otorgan a las cosas.

Tengo miedo de haber perdido para siempre la conexión con lo real. Espero que no sea así, que esto sólo sea un momento, algo de lo que después ni me acuerde. Espero sobrevivir una vez más, no quebrarme por completo.

## II

Cierro los ojos y veo un auto con los vidrios rotos, el capó roto, las puertas delanteras hundidas. Veo mi cuerpo atrapado entre fierros que no puedo identificar. Veo al lado mío a alguien que está en silencio, lleno de sangre y quieto; es alguien que es muy importante para mí pero de quien no recuerdo el nombre ni la cara ni el olor. Sólo recuerdo una sensación, la sensación de lo importante que es para mí. Recuerdo que yo soy yo, un MÍ, un *self*, pero no sé de dónde he salido, no estoy muy segura si tengo una entidad con conexiones recientes, todo lo

que me viene a la memoria es desde lejos, desde algún otro lugar de mi cerebro o del aire.

Después lo típico, lo que uno ve en las películas. Las luces de las ambulancias, las sirenas que violan el silencio nocturno, la intimidad del silencio nocturno. Gente que te tironea, que te suben a una camilla, murmullos irreconocibles, diálogos absurdos entre los socorristas, las sirenas otra vez, la ciudad por la ventanilla de la ambulancia, las luces que se agitan como enfermas, un pasillo en un hospital, más gente hablando, médicos, más diálogos absurdos, más gente, más ruido... Uno y su cuerpo que no responde, que duele...

Después el después.

Los días, las horas.

El tiempo que lame, que traga.

Después todos los despueses.

Saber que uno, una vez más, sobrevivió. No saber por cuánto tiempo. Querer creer que algún día las desgracias se agotan, que

los dioses de las desgracias irán a jugar a otra parte su juego despótico.

Cierro los ojos, los abro, los vuelvo a cerrar. A veces somos niños.

Por varios años somos niños y los adultos nos tratan como niños y nos lastiman, muchas veces nos lastiman. Después crecemos y los adultos somos nosotros, y cuando nos acordamos de cómo fuimos de niños tratamos de no lastimar a nadie más. Cuando los adultos pierden la memoria de cómo fue ser niño, de qué sentían cuando eran niños, de cómo duele ser niño y ser lastimado, entonces son adultos de mierda. Son gente de mierda que lastima a niños y a los niños las cosas les duelen de una manera que esos adultos han olvidado. El dolor de la niñez es el más agudo de todos los dolores, es el mundo desnudo y helado dejándonos de lado de la vida y las cosas buenas; y vos, pequeño, con manos pequeñas, sin poder

de nada, sometido hasta la médula y sin escapatoria.

Cierro los ojos, sólo escucho ruidos ahogados, ruidos que ruidan bajo y sin eco. Siento mi cuerpo tendido en una cama, mis movimientos se dificultan y todo me pesa. Creo que debe ser de noche y que a la noche le gustaría que hubiera un silencio total, sin murmullos.

A veces noto que pierdo el conocimiento y que al rato lo recupero. No sé dónde están las personas que deberían estar conmigo... No sé quiénes son las personas que deberían estar conmigo, no estoy muy segura de quién soy en este momento. Me cruzan imágenes de varias cosas que fui pero no estoy muy segura quien era cuando esto pasó.

Recuerdo a mis hijos, no los veo por acá ni escucho sus voces pero los recuerdo. No sé qué día es hoy, no estoy segura si siguen siendo chiquitos o si la última imagen de ellos que conservo, ya más grandes, es real

y no una ilusión del accidente. No estoy muy segura qué pasó y nadie me habla, nadie me dice nada.

Me parece que ya han pasado algunos días desde que estoy acá aunque puede ser que no y que todo haya sido hace un rato.

Pensar en mis hijos me reconforta, me hace pensar que sobrevivir una vez más fue algo bueno.

Cierro los ojos, vuelvo al auto destartalado, vuelvo a ver al conductor y contemplo sus facciones desde el recuerdo, no veo su cara completa, sólo algunas cosas por separado, la nariz, las cejas con sangre... Me resultan facciones conocidas y que me han provocado cosas profundas pero no reconozco al sujeto. Es una mezcla de sentimientos bastante rara, no puedo distinguir cuál es el sentimiento preminente, sólo es una mezcla confusa, nada sobresale a nada, todo tiene la misma densidad.

Sigo dándole vueltas al asunto, qué será que estaba haciendo yo ahí, de dónde venía o a dónde iba... En qué año estaremos... Alguien pasa y quiero preguntar algo pero no puedo, se me ahoga la voz y lloro sin hacer fuerza y en silencio. Siento las lágrimas deslizarse por mi cara y rodar y rodar como si se hubiera abierto un chorro de contenido infinito.

El agua fluye de mis ojos y yo estoy tan triste y la profundidad del pozo que se ha abierto en mi interior es tan enorme que espero que no me trague para siempre, sin embargo si quisiera ponerle palabras a la pena, no podría. Es algo que escapa al intelecto, no pienso en nada, sólo me inundo.

### III

Vuelve a pasar un tiempo que no sé cuánto es. Parpadeo, veo las luces. Parpadeo un rato más y mantengo los ojos

abiertos, una cabeza se asoma y reconozco a mi hijo con sus rulos tupidos. Suspiro hondo porque está igual a la última imagen que tenía de él en mi cabeza, no ha pasado tanto tiempo como había imaginado. Evidentemente yo debo ser también la misma yo de la que tengo recuerdo aunque con estas cosas las personalidades de lo que uno ha sido puedan mezclarse.

Él viene y me abraza y la vida, aunque no deja de ser dura, vuelve a tener sentido. Le aprieto la mano para que sepa que estoy feliz de verlo. Él me sonríe, me devuelve el apretón y también llora un poco.

Yo trato de hablar pero no puedo, igual no me importa, sé que esas cosas a veces se demoran.

-El abuelo murió- me dice mientras mira fijo algún punto que yo no veo- pero vos estás bien y ya te vas a recuperar.

Me quedo apretando su mano fuerte y sintiendo el shock de entender que el

cuerpo inerte en el auto era mi padre y que mi padre ha muerto y que yo no.

En un segundo pasan por mi mente todas las imágenes que tengo de mi padre cuando mi padre era mi padre. Recuerdos de cuando era una niña chiquita y me cortaba las uñas, incluso vuelvo a sentir el olor de su mano cuando me lavaba la cara, vuelvo a sentir lo que sentía cuando ponía mi cabeza en sus piernas para ver una película algún domingo de lluvia, cuando me contaba sus historias o las historias de mis abuelos, cuando me llevaba a la escuela o cantábamos canciones o me enseñaba la tabla del cinco con el reloj nuevo que me había regalado mientras viajábamos en colectivo una noche cualquiera viniendo de cualquier parte.

Después vuelvo a verlo en el coche con esas facciones que ya no eran las mismas porque él hacía rato que ya no era mi padre y no le importaba nada de mi ni de mis cosas.

Hacía mucho, cuando todavía era niña, aunque no tan chiquita, simplemente se había retirado de mi vida y me había dejado sola en este mundo enorme y helado y yo nunca entendí por qué. Esa soledad de niño solo y pequeño, sin poder de nada, eternamente subyugado.

Él nunca me lastimó pero dejó que otros me lastimen porque no estaba, no cuidó de mí.

Ahora recuerdo por qué íbamos en el auto. Fue porque nos cruzamos por ahí en un semáforo y él me tocó bocina y me pidió que suba. Yo al principio dudé porque sabía que me iba a quebrar, que todas las defensas que había desarrollado contra todo lo doloroso de este mundo, con él no tenían efecto, contra él no tenía inmunidad. Pero bueno, subí igual.

Hablamos un rato con frases entrecortadas y me dijo que me quería, que siempre me había querido pero que la vida... Y yo pensé qué gran hijo de puta,

por qué carajo no estuviste conmigo cuando te necesité, cuando el universo fue un lugar tan triste y oscuro y yo estaba en peligro, pero no dije nada, me quedé escuchando como si total no importara. Ninguna respuesta me hubiera hecho sentir satisfecha, nada hubiera consolado mis noches solitarias.

En otro semáforo nos dimos un abrazo largo y lloramos como si las cosas tuvieran remedio.

Después no recuerdo más, sólo el impacto, la sangre, las sirenas y las luces...



## **Mordí las palabras hasta que se convirtieron en silencio**

*Un relato de amor  
a las letras que gritan*

Era una mañana límpida y radiante en la parte sur del Sur de la Isla, todo apuntaba a que aplicaba perfectamente *maldición va a ser un día hermoso*, pero no... o sí, no sé...

No hubo maldición ni el día fue hermoso. Bah, en realidad fue hermoso, pero de la otra forma, de la forma escondida.

Durante bastante tiempo había querido recomponerme, es decir, volverme una persona más o menos normal. Conseguir un trabajo estable, aprender a hablar de forma menos soez, vestirme de manera

más adecuada... en fin, todas esas cosas que me parecían que me permitirían encajarme mejor en el mundo.

Resulta que con el tiempo lo fui consiguiendo. No tanto en las giladas físicas como sacarme los aros, cortarme el pelo y modificar mi atuendo, sino en serio, en pensar que todo eso era algo de verdad y que yo podía alcanzarlo. Lo fui construyendo de a poco y enorgulleciéndome de ello.

Pasó el tiempo y dejé de leer a los malditos. Había creído, tal vez a fuerza de la carencia y de la tristeza, que tenía que hacer algo, pertenecer a las hordas de gente feliz.

Traté de todas las formas y con todas mis fuerzas. Me mudé de país, me fui a vivir a un lugar paradisíaco y soñado, monté una empresa, seguí un camino espiritual acorde, dejé de pensar en sexo de la misma manera que lo hacía antes, dejé de emborracharme por los rincones... bueno,

quizás eso no estuvo tan mal... o sí, no lo sé...

La cuestión es que después de unos años no podría haberme reconocido; si hubiera vuelto al barrio, seguro que los demás no sabrían quién era... suponiendo que en el barrio todo siguiera igual, todos siguieran vivos y en la misma vieja esquina, eso tampoco lo sabría nunca.

Un día por esas cosas del destino y de la suerte, alquilo una casa en el sur del Sur de la Isla. La casa no tenía nada en particular, me resultaba funcional para mi empresa de turismo y de alquiler de cabañas, quedaba cerca de la playa de donde zarpaban las chalanas de los pescadores y de los restaurantes más visitados de la zona.

El negocio marchaba bien y había necesitado ampliar. Conseguí un lugar que tenía un local abajo que daba directo a la calle principal, a unos pocos metros del mar, y arriba había un departamentito

chico, sólo un cuarto, un baño y una cocina; para mí era suficiente.

Vivía solo, a veces tenía compañía femenina pero nada que me interesara de verdad, ninguna a la que yo le interesara de verdad tampoco.

De mañana salía a correr por la playa, a veces todavía surfeaba un poco pero básicamente mi vida era el trabajo y esas cosas que hace la gente adulta.

Tenía dos hijos, mejor dicho, tengo dos hijos, dos varones; y una exmujer. Los quiero mucho a los tres, si, a ella también, pero no podemos vivir juntos. Casi no podemos estar a menos de 100 kilómetros uno del otro porque si no estalla todo. Y bueno, no estamos a 100 kilómetros, estamos a unos 60 que es lo que tiene de extensión esta isla, cada uno está en una punta y los chicos están con ella. Los fines de semana me vienen a visitar y a veces surfeamos juntos, otras caminamos un rato por ahí y otras tantas, apenas cenamos porque cada uno de nosotros se

pasa el día haciendo diferentes actividades de manera separada.

Y así se amontonaron los días de mi vida como si algo de todo lo que acabo de contar tuviera sentido. Como si eso no fuera lo que hace todo el mundo, como si hacer lo que hace todo el mundo fuera parte de mi destino. Como si el destino tuviera existencia en sí.

Traté de verme a mí mismo como un hombre común. De vivir aprovechando el momento como dicen por ahí. Ver la vida, las horas, el tiempo, como un cúmulo de obstáculos a sortear y pequeñas cosas que disfrutar. El famoso *carpe diem* de la áurea mediocridad...

Buenísimo, un día después del otro... otro más... otro... y uno más... después otro...

Pero no pude, había una enorme nube gris permanentemente dándome vueltas.

Una tarde me siento en el departamento de arriba del local a mirar por el ventanal

la puesta de sol. Al sol, donde yo estoy se lo tragan de a poco los morros verdes y tupidos.

Tomó mate mientras hago cuentas en mi cabeza, me fumo medio porrito que me quedaba por ahí, ideo estrategias de laburo, medito un poco en mi vida y el sol sigue ahí con sus rayos naranjas y rosados... Un rato más tarde la claridad mengua y el cielo pasa a celeste oscuro pero yo todavía no prendo la luz. Me paro y voy hasta la biblioteca, consigo ver los títulos de los libros forzando bastante la vista.

La biblioteca venía incluida con el departamento. Acá las cosas son así, te alquilan casas con todo lo que el dueño tiene. Los dueños muchas veces son gente como yo, viajeros o ex viajeros que retornan a las andanzas y salen por el mundo dejando las cosas tal cual estaban el día antes de partir. Yo desde que llegué no había tenido tiempo o ganas de

acercarme a ver qué libros había. Pasaba por ahí y me hacía el que no veía.

No fue de casualidad, siempre había tenido con la literatura una relación un poco más pasional que con el resto de las cosas y algún tipo de alerta en mí me decía que era mejor seguir distante si quería mantener mi ser fabricado intacto, mis conquistas agarradas fuertes entre mis dos manos.

Por su puesto esas alertas internas uno nunca las escucha durante mucho tiempo, es como oírlas con una mujer desnuda en tu cama, puede que te diga que vas a caer en una trampa sin salida pero te diga lo que te diga no le vas a dar bola, está más allá de vos escucharla, los instintos y el deseo, el ansia, siempre prevalecen. En el fondo sabés que estás perdido.

*Tal vez entonces sí hubo maldición...*

Bueno, así sucedió, y ahí fue que tuve la sensación de haber mordido las palabras

hasta que se convirtieron en silencio durante mucho tiempo, una eternidad de tiempo. De haberlas apretado entre los dientes hasta triturarlas y convertirlas en cenizas, hacerlas desaparecer.

El negocio llevaba el nombre de Bacco como reminiscencia antigua y estaba enteramente a mi nombre, Santiago Baltazar Romero.

Ese era yo, el pibe que cumplió todos sus sueños. Empresario medianamente exitoso en Brasil, vida frente al mar, un matrimonio fracasado pero con hermosos hijos y algunas mujeres que me rondaban de vez en cuando.

Eso era todo y hasta ese momento me parecía suficiente, más que suficiente, más que lo esperado, si no me ponía profundo.

Pero bueno, ese día todo tembló.

*Tal vez entonces si fue un día hermoso...*

Como venía diciendo no había prendido las luces y el celeste azulado se había adueñado de todos los colores, de las cosas y de las oscuridades. Miro la biblioteca forzando la vista y hago un recorrido por los lomos de los libros, los títulos, los tipos de letra, los autores... me pasa lo que me pasa siempre, caigo en trance antes de poder elegir uno. Paseo la vista una vez más y me detengo frente a un título que distingo bien y que me da algo así como una alegría profunda, veo otra vez el nombre del autor y me sonrío de costado en la penumbra.

Vuelvo a ver a mi viejo camarada de andanzas juveniles, el viejo Henry y a su Trópico de Capricornio. Cierro los ojos y huelo el libro. No huele especialmente a nada más que a libro pero eso es suficiente para mí aquella tarde noche frente al ventanal donde puedo ver los morros, la playa, el mar y a los barcos que vuelven de su día de pesca.

Abro el libro y leo. Empiezo por la primera página como si fuera la primera vez de nuestro encuentro, como si no hubiera visto mil veces el Puente de Brooklyn por sus ojos embriagados, como si no recordara de memoria las conversaciones con Hymie *el sapo* y no supiera de los ovarios enfermos de su mujer, como si me sorprendiera el suicidio de Valeska, el amor que sentimos, él y yo, por Valeska.

Abro y miro la primera página, la primera frase: “Una vez que has entregado el alma, lo demás sigue con absoluta certeza, incluso en pleno caos. Desde el principio nunca hubo otra cosa que caos...”. Ya está, no tengo escapatoria.

Prendo la luz y sigo devorando de a bocados grandes cada frase y es como si mis músculos hubieran estado entumecidos un largo tiempo, tal vez eternidades sucesivas.

Siento otra vez la sangre circulando con sonido de galope. Descubro la bondad. El

sentido más cabal de la bondad. La bondad en sí, para sí. La bondad de Henry me conmueve sin final porque él no es bueno, es básicamente un ser bastante egoísta y mezquino pero no lo es más que porque el mundo apesta. Por eso su generosidad desbocada y arbitraria, para mí tiene más sentido que las obras nobles de Teresa de Calcuta que actúa con su mirada puesta en recompensas venideras. Para los miserables nihilistas no hay recompensas, no hay nada llegando al fondo del callejón más que una pared oscura que huele a orina, y aun así, viven y danzan.

Me pierdo de nuevo con Henry por las nocturnas calles desiertas, por las cloacas abiertas de Norteamérica, de una Nueva York que no conozco pero que puedo oler.

Viajo por ese mundo y mi conciencia se altera.

Alguien golpea la puerta de abajo, la del local. Hace ruido de tic tic en el blindex

pero al principio es muy leve y no lo distingo de cualquier otro ruido que viene de abajo, de repente se hace más insistente y es acompañado por palmas y alguien gritando mi nombre.

Me asomo por la ventana y miro hacia abajo, no veo bien quién es porque está bastante oscuro y la copa de un árbol me interrumpe la visión.

-¿Si? – digo yo como para que la persona se vaya más hacia el centro de la calle y me permita verla.

-¿Vos sos Santiago?- me dice la voz de mujer en castellano.

-Sí, soy yo, ya bajo.

Bajo. Estoy descalzo y en bermudas, no me doy cuenta y sigo llevando el libro en la mano, en la mano que no tengo las llaves.

Es una chica de unos veintipico, también está descalza y lleva las ojotas en la mano y una mochila que parece quedarle gigante, le dobla en tamaño y pareciera que en peso también.

Me dice que alguien que le dijo que era amigo mío, el Conejo, le recomendó mi local para alquilar una cabaña. No sé quién es el Conejo, pero si me recomendó él debe saber por qué.

Le pido disculpas y le explico que tengo todo alquilado, que tendría que haber llamado antes para reservar, que el lunes siguiente en Brasil es feriado entonces está todo lleno.

-Ah... -dice y se queda ahí parada como si yo no hubiera dicho nada.- Es que acabo de llegar, no estaba segura de venir para este lado... pero al final conocí a alguien que me dejó a unos kilómetros y decidí caminar hasta acá. El Conejo me había marcado en el mapa el lugar de las cabañas... mirá ¿ves? Además fui primero al local viejo, ahí me encontré con un cartel con las indicaciones para llegar hasta acá y ahora que llego no hay lugar... Bueno, gracias entonces – se sonríe un poco con una sonrisa que me pareció medio triste, o tal vez sólo cansada.

Da media vuelta y se va. Yo me quedo ahí como un idiota parado con el libro de Miller en la mano mirando irse a la chica con una mochila gigante que no sabe a dónde ir, de noche, en un lugar donde no hay dónde quedarse.

Pasan unos instantes y sigo ahí como colgado y sin reacción hasta que le pego un grito pero no me oye o se hace la que no me oye. Corro descalzo y todavía con el libro en la mano hasta que la alcanzo a unos cien metros.

Le pido disculpas por ser tan descortés y le digo que no va a encontrar otra cosa para alquilar en esa playa, que si quiere se puede tomar tal ómnibus y volver a la ciudad más cercana y que ahí probablemente sí haya algún hotel o pensión con cuartos vacíos.

Me agradece pero dice que no, que va a ir hasta las dunas y va a armar la carpa, quiere quedarse en el pueblo a pasar la noche.

Bueno, le digo yo, y me quedo parado como un idiota, en patas y con libro en mano. Ella también se queda parada ahí con la mochila y sin moverse. Nos quedamos callados por unos segundos. Al final, después de sopesar la situación le digo que si quiere esa noche puede quedarse en mi casa y al día siguiente ver qué hace.

Me agradece pero dice que no, que se va a las dunas, que si quiero más tarde la vaya a visitar o que al otro día pasaba por el local a tomar unos mates y a charlar del libro de Miller.

Vuelvo al departamento pero ya no sigo leyendo. Me preparo algo de comer, un sándwich de queso con nada y me siento a escuchar música y a mirar por la ventana.

No sé por qué me pasa esto. Es como que un vacío enorme se abriera alrededor mío, un cráter imposible de atravesar y yo fuera una isla en el medio de todas las cosas.

Recuerdo que cuando era más chico le encontraba algún romanticismo a la búsqueda de la belleza, al encanto de lo sagrado, lo puro en el centro del bosque.

Ahora, a pesar que las lenguas vulgares digan que cuando uno crece se vuelve cada vez más reaccionario, me doy cuenta que la sangre me hierve de rebelión más intensamente que antes.

La realidad es que fui hasta el centro del bosque y su magia sagrada de seres elementales y rituales paganos, no me satisfizo, por lo menos no por sí sola. No encontré explicación convincente ni felicidad en los sucesos que puedan desarrollarse en el mundo espiritual; tampoco me dejé arrastrar por el materialismo histórico ni por las religiones. En suma, había descartado de plano toda respuesta preexistente a los porqués de la vida y ahora estaba desnudo como un niño perdido en el medio de la noche.

No sabía ni sé vivir sin esas explicaciones. No entiendo cómo comenzar cada jornada sin un sentido cabal, más o menos total, más o menos coherente.

Igual lo hacía, me levantaba cada mañana y existía, pagaba las cuentas, conversaba, trabajaba... Pero para mí vivir era otra cosa. Siempre me había parecido eso. Vivir era un concepto.

Sin esa voz que te narra por dentro y que le otorga sentido a las cosas, sin un marco teórico adecuado, me parecía difícil entender de qué se hablaba cuando se habla de vida.

Pero hace tiempo que no escuchaba esa voz y eso me preocupaba a veces. La voz que te narra, que hace de tu historia una historia. La que antes me dictaba los relatos cuando todavía escribía y nada de lo que hacía en mis días se le pasaba por alto. Todo tenía cohecho en esa voz narrante.

Esa voz estaba muda hacía ya mucho, desde que mi vida era un charco calmo y lleno de nada.

Después de un rato salgo a caminar y voy hasta las dunas a ver si la chica se las arregló bien o necesita algo.

Ya a lo lejos veo el resplandor de un fuego así que imagino que está bien. Cuando llego ya tenía la carpa armada y estaba sentada al lado de la fogata en la arena comiendo un sándwich y tomándose una cerveza.

Saludo y me siento en frente.

El fuego me gusta. No hace frío porque estamos en septiembre y aunque todavía no llegó la primavera, ya en estas latitudes está cálido. Pero me gusta sentarme ahí y mirar las llamas, sus formas y sus colores.

Me dice que se llama Marilú. Tiene el pelo muy cortito, es casi pelada.

No hablamos mucho al principio, nos quedamos ahí disfrutando de la noche y tomando de su cerveza.

Al rato me cuenta que viene bajando desde el Norte, de Fortaleza, y que va para Mendoza a ver a alguien. Le pregunto cuánto piensa quedarse pero me dice que no sabe, que va viajando despacio porque se está preparando para la llegada. Hace mucho que no ve a su familia y quiere ir aclimatándose y pensando cosas antes de poner los pies en el país.

La entiendo perfectamente. Creo que si tuviera que volver a Buenos Aires iría caminando para que el shock de la llegada no sea tan grande. Yo también hace muchos años que no voy, creo que más de quince... no me acuerdo bien.

Mi ex y los chicos ya han ido varias veces pero yo siempre invento excusas y me quedo por acá mismo, en mi pedazo de tierra en el medio del mar.

Me acuesto en la arena y miro un rato el cielo, las estrellas están increíbles y el sonido del mar es hondo, ese rugido permanente que es como la respiración del mundo, el latido secreto que tienen todas

las cosas. Me gustaría quedarme ahí para siempre. Hay olor a mar mezclado con *reina de la noche*.

Marilú también se acuesta en la arena y seguimos charlando de cualquier cosa. Hablamos un poco de la Nueva York de Miller y de la París de Miller, de las amantes y de los amores duros. Después seguimos hablando de viajes, de comidas... Me doy cuenta que hace un montón que no hacía esto de mirar el cielo y hablar durante mucho rato. Disfrutar simplemente del devenir del tiempo y de las cosas que me vinieran a la cabeza.

Me cuenta que es lutier, hace tambores e instrumentos de percusión de distintos lugares del mundo. Los fabrica y también los pinta.

No hay luna, la noche está profunda y oscura y Marilú saca de la mochila un tambor chico, un yembé pequeño que pone entre sus piernas y empieza a golpear de manera lenta y rítmica. Yo no hago

nada, sigo ahí en latente contemplación.  
Ya no hay cerveza hace rato.

La veo dar golpes con esas manos de dedos largos mientras mantiene los ojos cerrados y mueve su cuerpo al compás.

Una sensación de éxtasis me recorre la espalda y el pecho.

Seguimos así no sé cuánto. Ella deja el yembé en un costado y me dice que está cansada y que se va a acostar. Me pregunta si quiero entrar a la carpa y que nos acostemos juntos.

Yo no había pensado en eso, de verdad.

Me gusta la manera que me lo dice, me parece que las cosas siempre deberían ser así, de forma honesta, dulce, llana.

Nos damos muchos besos que duran tiempos largos. Nos quedamos desnudos como si la piel tuviera algo más que decir que los propios diálogos.

Cuando sale el sol me despido acariciándole la cabeza rapada y vuelvo al local. Marilú todavía duerme.

Un rato más tarde llega con un poco de pan y me pregunta si puede hacer un mate. Le digo que sí y le doy las llaves del departamento de arriba.

Está otra vez con la mochila, ya desarmó la carpa y trae su vida a cuestras. Parece que su cuerpo cargara toda su existencia en la espada.

Baja con el mate y el termo y nos quedamos mateando en el local mientras yo trabajo un poco.

Antes del mediodía me da unos besos y se va a seguir su periplo hacia el Sur del continente.

El día pasa, la tarde llega otra vez. Me siento a mirar el sol ser tragado por los morros en mi soledad llena de imágenes.

Esa noche termino por milésima vez Capricornio.

Me siento en la computadora y por primera vez en siglos, escucho otra vez la voz que me narra.

La noche está oscura, sigue sin haber luna. Ahora estoy tomando vino sentado

con la maquina sobre las piernas y llena de letras, llena de palabras por escribir, de cosas que necesitan ser contadas. Disfruto de ese instante que queda suspendido en el aire e inhalo profundamente.

Sé que este mundo apesta, que a nadie le importa nada; sin embargo creo y afirmo que todavía existen algunas historias que valen la pena. No sé si valen la pena por cuántos sean los que las lean sino porque alguien las ha vivido y hay algunas vidas que valen la pena.

Hay personajes que necesitan ser narrados, no hay cómo eludir esa responsabilidad.

Además, tal vez, sólo tal vez, exista un lector como yo que ha necesitado más que al aire los relatos, algunos relatos en particular.

Si los escritores no se hubieran dignado a escribir seguramente yo ya no estaría en este mundo hace rato. No que yo sea gran cosa pero mi vida le debe más a la literatura que a la gente o a las

instituciones. A la literatura y a los  
encuentros breves, bellos y literarios.

## Índice

El viejo de allá, el que estaba en el  
escalón/5

La nada y la furia/25

Estoy sentado a la orilla de la tarde/55

Las magnolias de la plaza Zabala/69

Me siento flotando en una nube/83

Mordí las palabras hasta que se  
convirtieron en silencio/97